

Las funciones mágicas del lenguaje

Miquel Siguan
Universitat de Barcelona

En sociedades más antiguas que la nuestra se consideraba que las palabras no son signos arbitrarios sino que tienen una relación estrecha con las realidades que significan. Y de la misma manera se creía que hay expresiones verbales que son eficaces por sí mismas, que producen la realidad que significan incluso con independencia de la intención de quien las pronuncia. Esta manera de entender el lenguaje, que en algunos aspectos se mantiene todavía en la actualidad, puede considerarse ligada a una concepción religiosa o mágica de la realidad. Pero puede ponerse también en relación con el lenguaje de la poesía que no sólo pretende expresar una realidad sino recrearla.

Palabras clave: *Actos de habla, funciones mágicas del lenguaje, poética.*

Older societies considered that words are not arbitrary signs but that have a close relationship with the reality they means. In the same way it was believed that some verbal expressions are efficient by themselves, producing the reality they mean even independently of the speaker's intention. This way of understanding language which still persists nowadays in certain aspects, can be considered as having a link to religious thought or to a magic conception of reality, but it can be also related to the language of poetry which not only attempts to express reality but to recreate it.

Key words: *Speechs Acts, Magic Functions of Language, Poetics.*

Pragmática y psicología

Hace unos años los cultivadores de la filosofía analítica nos hicieron caer en la cuenta de que toda enunciación verbal, sea oral o escrita, es un «acto de habla», y que como tal implica alguna intención y produce determinados resultados. Hablamos para preguntar o para responder, para pedir o para otorgar, para

mandar o para asentir... A partir de esta constatación se ha popularizado una nueva manera de estudiar el lenguaje que centra su reflexión en las distintas funciones que éste puede cumplir. Y que ha llevado a distinguir en cualquier enunciación el aspecto locutivo, la pura enunciación; el aspecto ilocutivo, la intención implícita en el enunciado, así el prometer, amenazar, aconsejar; y el aspecto perlocutivo, la consecuencia producida en el destinatario de la enunciación: atemorizarlo, persuadirle, animarlo. En esta manera de considerar el lenguaje los enunciados se contemplan formando parte de la actividad del hablante, de su práctica real, y de ahí el nombre de pragmática con que se conoce esta orientación. Aunque hay que reconocer que, a pesar de su pretensión de romper los moldes de la lingüística «pura» y desencarnada, la pragmática en la mayor parte de sus cultivadores continúa siendo puramente lingüística, se ocupa de la intención de lo dicho y de la eficacia de lo dicho sólo en la medida en que se refleja en los enunciados. Lo que le lleva a frecuentes callejones sin salida.

Desde mi propio punto de vista, más atento a la psicolingüística y a la sociolingüística, considero que este enfoque es insuficiente y que si de verdad se pretende estudiar los enunciados como actos hay que considerarlos como actos de alguien, de un sujeto hablante y no sólo de un «locutor», y como actos dirigidos a un interlocutor igualmente real. Ello nos obligaría a tomar en cuenta la medida en que los enunciados emitidos coinciden con las intenciones del emisor y con las actitudes del receptor, pero nos obligaría además a tener en cuenta el contexto real y no sólo el contexto textual en el que dialogan los interlocutores y el tipo de relaciones que mantienen. Así, por poner el ejemplo más simple, parece evidente que el que da una orden lo hace porque se apoya en una relación previa de dominio y dependencia respecto del receptor, aunque también es cierto que la comunicación verbal puede modificar las relaciones previamente existentes y que un enunciado pronunciado en tono firme puede provocar una relación de dependencia igual como un tono cariñoso despertar sentimientos cariñosos.

Pero aunque considero que una relación más estrecha entre pragmática y psicología y sociología resultaría provechosa para todos los implicados en el estudio del lenguaje, lo que ahora pretendo decir es que hay formas de usar el lenguaje en los que la intención del emisor y las actitudes del receptor no bastan para explicar los efectos producidos.

La bendición paterna como ejemplo

En todas las sociedades tradicionales europeas la bendición paterna ha formado parte de la vida cotidiana. A veces los hijos solicitaban cada día del padre la bendición al levantarse o al dirigirse al trabajo. Pero muy especialmente la solicitaba el hijo cuando emprendía un viaje lejos del domicilio familiar o cuando tenía que enfrentarse con peligros desconocidos. Solicitando la bendición el hijo reconocía la función preminente del padre en la sociedad familiar y pronunciando su bendición el padre no sólo ejercía esta función sino que dejaba constancia

de que por lejos que estuviese el hijo seguía formando parte de la estructura familiar. Pero además de este valor simbólico tanto el padre como el hijo estaban convencidos de que por el hecho de haberse pronunciado las palabras de la bendición el hijo tenía más probabilidades de sortear los peligros que le acechaban y de regresar sano y salvo. O sea que la bendición no era simplemente la expresión de un deseo por parte del padre sino que era realmente eficaz e influía en el curso de los acontecimientos posteriores. Y en el caso de la bendición que el padre concedía a su primogénito antes de morir éste no sólo demostraba así su deseo de que la familia continuase unida sino que efectivamente con la bendición le constituía en el heredero de su misión y de su autoridad.

Y la Biblia, en uno de sus relatos más antiguos, nos cuenta cómo estando Isaac viejo y casi ciego, Jacob, su hijo, por consejo de su madre, se vistió como su hermano mayor Esaú y haciéndose pasar por éste logró que su padre lo bendijese. Cuando llegó Esaú y protestó por el engaño el viejo patriarca lo lamentó pero no hizo nada por rectificar, la bendición es eficaz por sí misma y por ello una vez pronunciada es irrevocable.

No sólo se bendicen los hijos, hay muchas circunstancias personales en la que una bendición puede parecer oportuna. Y no sólo se bendicen las personas, en la sociedad europea tradicional también se bendicen los animales y los edificios y los campos de labor y la cama matrimonial y los alimentos que se van a consumir. Y la bendición es sólo un ejemplo entre muchas categorías de «actos de habla» que son eficaces por el sólo hecho de ser pronunciados y que una vez enunciados se hacen independientes de la intencionalidad del emisor. Paralela y opuesta a la bendición es la maldición. Y del mismo tipo son los ensalmos y conjuros con los que se curan enfermedades o se auspician acontecimientos favorables, o a la inversa se provocan males de diversos tipos. En todos estos casos se trata de enunciaciones verbales que tienen una formulación muy precisa, sólo producen efecto si se dicen unas palabras determinadas y de una determinada manera.

Otros «enunciados eficaces» tienen por objeto no ya producir efectos favorables o desfavorables sobre las personas o las cosas sino establecer determinados tipos de relaciones entre personas. Al decir esto inmediatamente pensamos en las fórmulas por las que dos personas se unen en matrimonio pero es posible que no sean éstas las más antiguas y más típicas, pues en las sociedades tradicionales el contrato matrimonial era a menudo un contrato entre los padres de los contrayentes. Más antiguas deben ser las fórmulas verbales por las que se estipula la dependencia de un individuo respecto a otro, o las fórmulas que consagran la amistad o a la inversa la enemistad. En la Edad Media la declaración de vasallaje tenía unas fórmulas especiales igual como lo tenía el ritual por el que se constituía a alguien en caballero. Estos rituales de dedicación acostumbraban a incluir un juramento y el juramento es a su vez un ejemplo típico de estos enunciados que condicionan el futuro. Muchos siglos antes en la Grecia antigua se había popularizado el «juramento hipocrático» como fundamento de la profesión médica. Y por otra parte en todas las sociedades antiguas los tratos comerciales han tenido que basarse en formulas verbales que una vez pronunciadas resultaban irrevocables.

He llamado mágicas a estas funciones del lenguaje no para desvalorizarlas identificándolas con las prácticas conocidas tradicionalmente como magia o brujería, sino para dejar claro que para nosotros esta creencia en la eficacia intrínseca del lenguaje no tiene una justificación racional. Igual podía haberlas llamado sacrales o sagradas para recordar no sólo que son frecuentes en las prácticas propiamente religiosas sino, más en general, que han florecido en sociedades en las que las creencias religiosas constituían la base de la ideología común.

Probablemente el ejemplo más elaborado de estas prácticas lo constituye la doctrina de los sacramentos en la teología católica. Los sacramentos canalizan la gracia divina en situaciones típicas, unas cotidianas y otras singulares, de la vida de los cristianos. La administración de cada sacramento supone la presencia de unas sustancias materiales al mismo tiempo que se ejecutan unos gestos y se pronuncian unas palabras determinadas. El que bautiza al mismo tiempo que derrama agua sobre la cabeza del bautizado pronuncia la fórmula: «yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo...» y con ello el bautizado se convierte en miembro de la Iglesia para toda la eternidad. El confesor que oye una confesión puede escuchar con atención al penitente o estar pensado en otra cosa, puede darle consejos acertados o hablar rutinariamente o puede incluso no decir nada, todo esto nos permitirá juzgar su actuación y calificarlo de buen o de mal director espiritual. Pero su poder para perdonar los pecados es completamente independiente de estas habilidades, y depende exclusivamente de que diga: «Yo te absuelvo en nombre de Dios» y de que diga precisamente esta frase y no otra.

La doctrina de los sacramentos, elaborada a lo largo de varios siglos de reflexión teológica, tiene como todo el sistema de la liturgia una codificación muy minuciosa pero al mismo tiempo insiste en que las consecuencias de los sacramentos son estrictamente espirituales y que su eficacia se explica a partir de la omnipotencia divina. Quien pronuncia las fórmulas sacramentales lo hace en nombre de Dios y si ha de ajustarse estrictamente a unas fórmulas es porque así lo prescribe la Iglesia creyendo interpretar la voluntad divina. Con ello la distinción entre prácticas litúrgicas y prácticas mágicas en el sentido tradicional de la palabra queda perfectamente clara. A pesar de lo cual, y como ya he señalado, desde la perspectiva de nuestro mundo que solo acepta como válida la explicación científica, las fórmulas sacramentales y las fórmulas mágicas quedan del mismo lado, corresponden a unas culturas en las que lo natural y lo sobrenatural se interfieren continuamente.

Pero tampoco podemos decir que esta creencia en la eficacia intrínseca de algunos enunciados verbales sea algo totalmente extraño a nuestra mentalidad. Continuamos sintiendo reparo de decir en voz alta que a una persona amiga o conocida le puede ocurrir cierta desgracia o contraer determinada enfermedad como si el solo hecho de decirlo aumentase las posibilidades de que ocurriese. Y es igualmente cierto que siguen existiendo enunciados que una vez proferidos modifican radicalmente una relación o una situación social. Ya no hay caballeros que reten solemnemente a sus adversarios pero una declaración de guerra una vez proferida escapa a la voluntad de los que la lanzaron, y a la inversa, la guerra prosigue implacablemente hasta que una de las partes proclama explícitamente —con palabras— su rendición. Y aunque en nuestros días la mayoría de los con-

tratos se formulan por escrito y ante testigos, y se archivan cuidadosamente, todavía siguen existiendo mercados en los que unas palabras determinadas señalan de forma irrevocable que ha terminado el trato y se ha cerrado el trato.

Lenguaje y realidad

En uno de sus diálogos socráticos —el *Cratilo*— Platón discute sobre la naturaleza del lenguaje enfrentando dos opiniones, la de Cratilo que que considera que los nombres son naturales y se corresponden con la naturaleza de la cosa nombrada, y la de Hermógenes que considera por el contrario que son puras convenciones. Platón, pues hay que suponer que por boca de Sócrates expone su propio punto de vista, aun reconociendo su carácter convencional intenta conciliar las dos opiniones sugiriendo que las palabras no sólo denominan las cosas sino que de alguna manera las representan. Y puede sospecharse que aunque Platón es consciente del origen arbitrario del lenguaje, siente espontáneamente simpatía por la teoría esencialista de Cratilo que haría de las palabras un reflejo del mundo de las ideas. Así puede interpretarse su afirmación de que cuando los Dioses dialogan entre sí utilizan sus nombres auténticos lo que no podemos hacer los humanos.

Pensase lo que pensase Platón, lo que es cierto es que lo que él considera la opinión tradicional ha sido la creencia espontánea de muchos pueblos. También aquí el mejor ejemplo nos lo ofrece la Biblia. El nombre de Dios es impronunciable o más exactamente sólo puede ser pronunciado en momentos y en contextos precisos y con la debida reverencia. Y a menudo en forma metafórica. Es lo que hacen los sacerdotes en el templo de Jerusalén. Imitan a los ángeles cuya existencia consiste en cantar las alabanzas de Dios repitiendo su nombre. Lo mismo hacen los monjes en el monasterio cuando siete veces al día se reúnen en el coro para salmodiar los Salmos de David. Fuera de este contexto celestial o cuasicelestial el nombre de Dios es impronunciable y el que se atreve a usarlo perece. En la relación de los diez mandamientos de la Ley antes que la proscripción del asesinato o de la impureza figura el «no tomarás el nombre de Dios en vano».

Tan íntima es la relación entre el nombre y la cosa o la persona nombrada que al poseer el nombre se adquiere un dominio sobre lo nombrado. Todas las invocaciones para conjurar la presencia del demonio tienen este fundamento, al nombrarlo por su auténtico nombre un demonio particular no puede menos que presentarse. Una idea que, aunque popularizada en relación con la demonología cristiana, probablemente nos ha llegado de los relatos orientales donde los genios acuden solícitos cuando se les llama por su nombre. Así conocer el nombre de otro ser nos da un cierto poder sobre él. Y es sabido que en muchas sociedades primitivas e incluso en asociaciones modernas más o menos secretas el recién ingresado recibe un nuevo nombre o un nombre secreto que sólo conocen los miembros del grupo. Y la intimidad amorosa acostumbra a crear denominaciones que sólo conocen los interesados porque sólo ellos tienen el derecho de usarlos.

Todo lo cual indica que han existido sociedades y culturas en las que se ha creído que los nombres formaban parte de la esencia de las cosas que nombraban y que desvelaban su realidad última. Y es esta creencia precisamente lo que justifica la eficacia de las fórmulas lingüísticas que antes comentaba. Si las palabras participan de las realidades esenciales, las acciones que se enuncian con las palabras adecuadas producirán necesariamente los efectos que significan.

Claro que incluso en tiempos muy alejados de los nuestros los hombres han sido conscientes de que esta correspondencia no se produce siempre, lo que ha llevado a distinguir entre unos usos cotidianos y profanos del lenguaje y unos usos estrictamente sacros o mágicos para mantener la terminología que he introducido.

En la tradición cristiana el conflicto que notábamos en Platón entre una concepción «esencialista» y una concepción «naturalista» del lenguaje, se resolvió con el mito de la torre de Babel. Antes de la confusión que siguió a la construcción de la torre todos los hombres hablaban una sola lengua, una lengua inspirada directamente por Dios y que reflejaba fielmente la realidad. Después de Babel, en cambio, las lenguas son diversas y arbitrarias. El mito de Babel puede interpretarse como la sospecha de que frente al lenguaje banal de la vida cotidiana hubo un tiempo en el pasado en el que el lenguaje era auténtico lenguaje. Y esta sospecha puede explicar también la frecuencia con que lo que he llamado usos mágicos del lenguaje utilizan fórmulas verbales arcaicas o incluso incomprensibles para los oyentes o para los propios protagonistas. La palabra «grimorio» que en la Edad Media significaba un repertorio de conjuros y sortilegios ha pasado a designar un texto ininteligible como acostumbraban a serlo las fórmulas de la brujería que se recogían en los grimorios. En un sentido parecido se puede observar que en las mas diversas culturas los ritos religiosos utilizan lenguas arcaicas que se mantienen para estos usos. Esto se puede comprobar también en las tres grandes religiones monoteístas de nuestra cultura. Los judíos han mantenido durante siglos el hebreo exclusivamente como lengua ritual. El árabe del Corán es la lengua de la oración incluso en los países musulmanes en los que la lengua nacional no es un dialecto árabe. Y el cristianismo substituyó primero el hebreo por el griego y luego el griego por el latín y mantuvo el latín como lengua litúrgica cuando la mayoría de la población ya no lo entendía, lo que contribuía a darle una apariencia de lenguaje sagrado cuando era históricamente un advenedizo.

La decadencia de los usos mágicos del lenguaje

Antes he recordado que lo que he llamado usos mágicos del lenguaje en nuestra sociedad contemporánea mantiene alguna vigencia y he ofrecido algunos ejemplos. Probablemente hay algo más importante que decir sobre estos usos.

Durante muchos siglos, durante centenares de siglos, —hasta la invención de la escritura— los hombres han basado sus relaciones personales y sociales ex-

clusivamente en la palabra oral. La palabra les permitía dialogar y colaborar, pero fundamentalmente les permitía establecer algún tipo de compromiso mutuo que hacía previsible el comportamiento ajeno y sobre el que se establecía la organización social. Antes que en el «contrato social» roussoniano la sociedad humana se ha estructurado a partir de estos compromisos mutuos basados en el respeto absoluto a la palabra proferida que garantizaban una convivencia pacífica y con ello los primeros ámbitos de libertad. Al margen de la palabra no había sino la fuerza bruta como regulador social. Y aunque desde entonces las cosas han cambiado mucho y existen múltiples formas de controlar los comportamientos humanos —normas, leyes...— todavía para indicar que alguien tiene un comportamiento responsable y confiable decimos que es un «hombre de palabra».

La invención de la escritura modificó este papel singular del lenguaje, pero fue un proceso muy lento. Al comienzo la escritura fue simplemente un refuerzo del lenguaje oral sacralizado y se limitó a mantener sus características reforzando su permanencia. Lo vemos muy claro en los textos sagrados de las religiones monoteístas. Se aprenden de memoria, igual que los textos orales, y se leen de memoria. Todavía hoy existen maestros coránicos que enseñan a leer y a escribir el Corán sin que sean capaces de leer o de escribir nada más. Los mismos signos puestos en otro orden ya no significan nada para ellos. No es extraño que estos escritos puedan ser usados en forma mágica, eficaces por sí mismos. Se llevan en procesión, se exhiben y se besan ceremonialmente y en caso de necesidad pueden, abiertos al azar, ofrecer un consejo útil o anunciar el futuro o también aplicados sobre un enfermo devolverle la salud.

No hace falta recordar que para nosotros la escritura tiene un valor totalmente distinto, nos ofrece acceso a la multiplicidad de las informaciones, a la contraposición de las opiniones, a la posibilidad de rectificar un texto con otro... y al mismo tiempo somos plenamente conscientes de la multiplicidad de las lenguas, tanto en forma oral como escrita, y por tanto del carácter arbitrario del lenguaje. Los usos mágicos del lenguaje nos suenan a algo arcaico, que permanece sólo como vestigio de un pasado lejano. Nuestra mentalidad científica no nos permite admitir que el lenguaje pueda ser eficaz por sí mismo, por el sólo hecho de ser pronunciado, y nuestro sentido crítico no nos permite creer en una correspondencia directa entre lenguaje y realidad. Si tal pretensión fuese posible de satisfacer se lo pediríamos precisamente a la ciencia. Pues si algo pretende la ciencia es traducir la realidad en un conjunto de proposiciones y constituir así un reflejo de la realidad en forma verbal.

El lenguaje poético

Pero también es posible pensar que el lenguaje auténtico —el lenguaje anterior a Babel— el lenguaje que justifica lo que he llamado sus usos mágicos, sea precisamente lo que guía la búsqueda del poeta.

En otro de sus diálogos Platón se refiere al lenguaje de los poetas tan distinto del lenguaje cotidiano y lo explica porque el poeta al expresarse poética-

mente está poseído por un Dios, y lo que dice son las palabras que le inspira la divinidad. Y es cierto que a menudo los poetas son conscientes de esta función que realizan de reconducir el lenguaje a sus fuentes, de limpiarlo de todas la adherencias y volverlo a encarar con las esencias. La referencia a Juan Ramón parece aquí obligada:

*Inteligencia dame
el nombre exacto de las cosas,
que mi palabra sea
la cosa misma
creada por mi alma nuevamente.*

(Eternidades)

El poeta crea los nombres. Y por la palabra las cosas se hacen eternas:

*Del amor y las rosas
no han de quedar sino los nombres
¡Creemos los nombres!*

(Estación total)

En el límite, la palabra es la única realidad:

*La profunda callada, verdadera
palabra
que sólo él ha oído, oye, oirá en su vigilancia.
La carne, el alma, unas de él, en su aire,
son entonces palabra:
principio y fin,
presente sin más vueltas de cabeza,
destino, llama, piedra, ala, valederos,
vida y muerte,
nada o eternidad, palabra entonces.*

(Estación total)

Con lo que el poeta se asemeja al propio Dios. Pues en la primera página del Génesis se lee: «Dijo Dios: “Sea la luz” y hubo luz». Y todo el relato de la creación continúa anteponiendo en cada caso el «y dijo luego Dios» hasta llegar al «Y dijo entonces Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza». O sea que Dios creó el mundo por un «acto de habla» supremamente eficaz, el primer arquetipo de lo que he venido llamando usos mágicos del lenguaje.